

La primera vez que Laura entró en la habitación 314, fue recibida por la mirada chispeante de don Ernesto. Tenía 94 años, la piel surcada de arrugas como las vetas de un tronco centenario y una sonrisa capaz de iluminar los pasillos más sombríos del Hospital Universitario de Fuenlabrada. Sentado en la cama, con la bata ligeramente desabrochada y una manta cubriéndole las piernas, sostenía la mano de su hija Clara, que no se separaba de él ni para tomar un café.

—¡Buenos días, señor Ernesto! —saludó Laura con su voz cálida y profesional. No pudo evitar, sin embargo, que se le escapara una sonrisa más personal—. ¿Cómo estamos hoy?

—Yo, estupendo. Es el corazón el que no termina de ponerse de acuerdo — bromeó el anciano, arrancando una risita a su hija.

Los días se sucedieron con la cadencia hipnótica que solo los hospitales saben imponer. Turnos interminables, luces blancas perpetuas, monitores que parpadeaban al ritmo de la vida... y de la muerte. Laura, enfermera desde hacía más de una década, había aprendido a moverse entre la rutina y la sorpresa, entre la esperanza y la pérdida. Pero había algo en Ernesto —quizá esa mezcla de sabiduría y travesura en su mirada— que le recordaba a su propio abuelo. Por eso se quedaba siempre unos minutos más con él, charlando de nimiedades o dejándose arrastrar por las historias que Ernesto relataba con una memoria sorprendentemente lúcida.

—¿Sabe, Laura? —le confesó un día mientras Clara dormitaba en la butaca—. A veces cierro los ojos y la veo... A mi Emilia. Siempre me dice que no le tenga miedo a esto... —se señaló el pecho, justo donde la máquina pitaba con constancia—. Que la muerte no es el final, sino un viaje.

Laura no supo qué responder. Solo apretó su mano con delicadeza. Aquella tarde, Clara decidió bajar al restaurante del hospital. Llevaba horas sin comer, aunque la culpa le pesaba.

—Volveré en diez minutos, papá. No hagas travesuras —le dijo, besándole la frente.

—No prometo nada —respondió él, guiñando un ojo.

Laura revisaba el gotero y las constantes vitales cuando, al volver la mirada hacia Ernesto, se percató de que no estaba solo. Una mujer, de cabellos plateados y ojos de un

azul inabarcable, estaba sentada a su lado. Vestía un sencillo vestido gris perla, y su presencia desprendía una serenidad envolvente.

—Hola —saludó Laura, sorprendida—. No la había visto entrar. ¿Es usted familia?

—Soy su esposa —respondió la mujer, con una voz que parecía acariciar el aire—. Emilia.

Ernesto la contemplaba como un niño ante el regalo más esperado. Sus ojos brillaban de una manera que Laura no había visto antes. Había amor, sí... pero también algo más: paz.

—Les dejo un momento a solas —murmuró Laura, saliendo con el corazón latiéndole un poco más deprisa de lo habitual. En la cafetería, Clara terminaba su bocadillo cuando sintió un vacío repentino en el pecho. Se levantó de golpe, recorriendo los pasillos como quien huye de un mal presagio. Al abrir la puerta de la habitación, lo supo antes de verlo. Su padre yacía con el rostro sereno, casi sonriente, como si se hubiera dormido escuchando su canción favorita. Laura llegó apenas unos segundos después. Se acercó a Clara y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento mucho... —susurró con sinceridad—. Hace un momento... su madre estaba aquí con él.

Clara alzó la mirada, confusa.

—¿Mi madre? —preguntó con un hilo de voz—. Eso es imposible... Mi madre murió hace seis años.

Un silencio denso llenó la habitación. Afuera, la vida seguía su curso: monitores pitaban, enfermeros pasaban corriendo, las puertas automáticas se abrían y cerraban como respiraciones. Laura sintió un escalofrío. Miró a Ernesto. Seguía sonriendo. Tal vez, pensó, no todas las despedidas son tristes.

El timbre de urgencias rompió la ensoñación. Un nacimiento. El quirófano esperaba. Clara se quedó unos minutos más junto a su padre, acariciándole la mano, mientras Laura se alejaba por el pasillo. En cuestión de minutos, la vida había jugado sus cartas con la precisión de un relojero: una última exhalación en la habitación 314 y, a escasos metros, un primer llanto en la sala de partos.

Cuando Laura salió del quirófano, exhausta pero con una sonrisa renovada, se detuvo en el corredor. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. En ese hospital había visto de todo: miradas que se apagaban, otras que se encendían con la fuerza de un huracán. Lágrimas de despedida, gritos de bienvenida. Era un carrusel incesante, un

río que nunca dejaba de fluir. La vida. La muerte. Dos puertas contiguas en el mismo pasillo.

Pensó en Ernesto. En la mujer que, quizás —solo quizás—, había venido a llevarlo de la mano hacia ese “viaje” del que tanto hablaba. Pensó en el bebé que, ahora mismo, comenzaba su propia travesía en este mundo de luces blancas y latidos intermitentes.

Y lo entendió.

El Hospital Universitario de Fuenlabrada no era solo un lugar de dolor y esperanza.

Era el epicentro de un ciclo tan antiguo como el tiempo. Allí la vida entraba llorando y salía, a veces, en un suspiro. Era un escenario donde se tejían cientos de historias invisibles, cruzadas por hilos de amor, pérdida, reencuentros imposibles... y nacimientos que daban sentido a todo. Respiró hondo. La noche aún era larga. Pero había algo reconfortante en saber que, entre tanto caos, la vida seguía empeñada en abrirse camino.

Y así, con los pasillos llenos de ecos —unos que decían adiós, otros que murmuraban “bienvenido”—, Laura regresó a su turno. Afuera, la luna brillaba indiferente.

Dentro, el hospital latía. Como siempre.

Como nunca.